

Apretó los labios y exhaló despacio antes de inclinarse sobre la mesa: “Vamos a mi casa”

Lola sacó las llaves del coche del bolso, pero Roberto la detuvo. Iba a permitir que cogiese el coche con lo que había bebido.

Lola resopló con diversión, pero al ver la expresión seria de Roberto, levantó las manos en señal de rendición.

— Vale, vale. Tú mandas —dijo con una sonrisa traviesa—. Taxi, entonces.

Alicia pidió uno desde su móvil y apenas unos minutos después, el coche se detuvo frente a ellos. Subieron los tres, con Roberto en el centro, sintiendo el calor de ambas demasiado cerca. El aire dentro del vehículo estaba cargado de esa tensión densa, erótica, que llevaba horas acumulándose.

Apenas arrancaron, Alicia se inclinó hacia él, sus labios rozando su cuello con un susurro apenas audible.

— Relájate ...

No le dio tiempo a responder. Antes de que pudiera siquiera procesarlo, sintió su boca sobre la suya, hambrienta, juguetona. Alicia lo besaba con esa seguridad que la caracterizaba, su lengua explorándolo sin prisas, pero con la clara intención de devorarlo. Lola llevó sus manos a su entrepierna. Roberto se dejó llevar, sintiendo cómo el deseo le nublaba la mente. Estaba tan inmerso en el beso que casi no notó la mano de Lola introduciéndose dentro de su pantalón.

Se giró hacia ella y la vio sonriendo con malicia.

— ¿Vais a dejarme fuera de esto? —preguntó con un fingido mohín de traviesa indignación.

Alicia se separó un poco, sus ojos oscuros ardiendo con diversión.

— Eso depende de él —murmuró, deslizando un dedo por la mandíbula de Roberto.

Él tragó saliva, sintiendo que el aire del taxi se volvía irrespirable. Lola le giró la cara suavemente y le besó profundamente, mientras le acariciaba la polla por dentro del pantalón.

El taxista lanzó una mirada fugaz por el retrovisor y parpadeó, como si no diera crédito a lo que veía en el asiento trasero. - —Joder... —murmuró apenas audible.

Roberto, atrapado entre las dos mujeres, sintió la presión de sus cuerpos contra el suyo. Alicia le mordisqueaba el lóbulo de la oreja, mientras Lola deslizaba sus uñas suavemente por su pecho, apenas rozándolo por encima de la camisa.

Se permitió una risa breve, incrédula.

— Esto no me está pasando...

Lola le sostuvo la mirada con una sonrisa traviesa.

— Oh, sí que te está pasando.

El taxi frenó en seco en otro semáforo. El conductor carraspeó, incómodo, sin saber si pedirles que se calmaran o simplemente disfrutar del espectáculo. Lola soltó una carcajada mientras el taxi retomaba la marcha. Afuera, las luces de la ciudad parpadeaban en destellos anaranjados y rojizos, reflejándose en los cristales empañados del coche.

Lola se separó un poco, y empezó a buscar en el bolso. Sacó un blíster de pastillas del interior. Roberto se puso tenso.

- ¿Seguro que no quieres una pastilla? —preguntó con picardía.
- ¿Qué es eso? — preguntó él muy serio.
- ¡Uy! ¿Nunca dejas de trabajar? Tranquilo. Es solamente una ayudita para esta noche... Creo que la vas a necesitar. Es completamente legal. Las venden en todas las farmacias...

Roberto negó con la cabeza, sintiendo su propio pulso en la garganta.

- Estoy bastante seguro de que no la necesito.
- Pues yo no lo estaría tanto.

Entraron en el piso de Roberto casi a trompicones. Lola con su minivestido escotado de color verde, sandalias de tacón alto y su pelo negro cayéndole sobre uno de los hombros. Alicia con otro minivestido negro, ceñido que le marcaba el culo y cuyo escote permitía llegar a sus tetas sin el menor esfuerzo.

Lola comenzó a lamer la espalda desnuda de Alicia y a mordisquear su cuello, arrancándole gemidos de placer. Roberto se acercó hasta su cara y la besó en los labios, metiéndole la lengua.

Continuó besándola apasionadamente... pronto pasó a sus tetas, las tocó primero por encima del vestido y luego le bajó los tirantes del vestido que se deslizó hasta el suelo. Se las mordisqueó y chupó con suavidad, lanzando miradas a Roberto, que miraba la escena incrédulo. Lola se sacó también los pechos de su vestido y empezó a rozarlos la espalda de su amiga.

Alicia se giró hacia Roberto y comenzó a besarlo. Mientras sus lenguas se juntaban, las manos de Roberto bajaron hasta su culo y lo apretaron. Notó cómo se estremecía. Después, y sin dejar de besarse, llevó la mano hacia el centro de su entrepierna. Notó la suavidad sexo humedecido de excitación.

Entonces Lola bajó hacia la entrepierna de Roberto y comenzó a pasarle la lengua por encima de los slips. Alicia se abrió instintivamente de piernas mientras Lola metía la lengua con avidez buscando su clítoris.

Roberto no podía evitar excitarse al ver disfrutando a aquellas dos tías. Ver a dos mujeres dándose placer, con esas caras de lujuria y completamente desinhibidas, era algo nuevo para él.

- ¿Os importa si miro un rato? —les preguntó Roberto — Es la primera vez que puedo contemplar algo como esto. Vosotras seguid, olvidaos de mí durante un rato.
- Sin problema, jefe... - contestó Alicia — Pero después serás nuestro.
- Umm Roberto, te veo muy empalmado, ¿Te gusta lo que ves? —dijo Lola riéndose.

Las chicas se olvidaron de Roberto inmediatamente. Lola comenzó a besar a Alicia apasionadamente. Tenía un cuerpo contundente. La piel morena, sin marcas de sol. Mientras sus lenguas se juntaban, sus uñas se clavaron en sus nalgas y bajó un poco más, hasta llegar a rozarle la vagina. Hizo una leve presión sobre el clítoris y ella se tensó gimiendo. Le mordió el cuello.

- Vamos al dormitorio —les dijo Roberto — Allí estaremos más cómodos.

Lola cogió de la mano a Alicia, y caminaron de esa forma hasta el dormitorio. Sus pasos eran seguros, lentos, estudiados. Ninguna de las dos se había sacado los tacones. Roberto pensó que iba a explotar. Ya en el dormitorio, se sentó en la butaca que había junto a la cama. Alicia tumbó a Lola en la cama, y le separó con delicadeza las piernas dejando a la vista un coño con los labios oscuros y carnosos. Lo llevaba completamente depilado y se percibía su humedad.

Alicia se puso de rodillas y pasó muy lentamente su lengua alrededor de la vagina de Lola. Después subió lentamente hasta su clítoris.

Roberto se acercó por detrás y masajeó las piernas y el culo de Alicia, metiéndole la mano entre las nalgas. Las separó con decisión, y se agachó detrás de ella, que arqueó el culo para facilitarle el acceso a su sexo. Acercó su cara al culo de Alicia, y su boca desapareció entre las nalgas.

Después, Roberto empezó a pasar su lengua por las tetas de Lola, más grandes y blandas que las de Alicia. Bajó con su lengua hasta el ombligo, haciendo que se estremeciese de gusto. De vez en cuando levantaba la mirada para ver cómo Lola se retorció de placer. Se estaba poniendo a cien. Alicia lamía cada vez más intensamente aquel carnoso sexo. Al mismo tiempo, subió sus manos a sus tetas para pellizcarle los pezones. Dando un paso más en aquella escalada de placer, le metió dos dedos en la vagina, follándola con ellos. Con la otra mano, introdujo otro dedo en su ano. Los gemidos de Lola aumentaron exponencialmente. A los pocos segundos se corrió escandalosamente, llenando la boca de Alicia con toda su humedad.

Roberto las miró desde la butaca. Se había desnudado y tenía la polla completamente dura en la mano. Le brillaban los ojos. Se levantó y fue hacia la cama poniéndose entre las dos. Empezó a acariciar lentamente sus cinturas, sus culos... y las besó de forma alterna. Primero a una, después a la otra. Luego hizo que ellas se besasen de nuevo. Él se puso detrás de Alicia bajando su mano a la parte interior de sus nalgas.

- Estás chorreando —le dijo al oído— No conocía esta faceta tuya Alicia. Tan formalita que se te ve de uniforme.
- Jefe... Yo formalita no he sido nunca. Lo que pasa es que no me has llegado a conocer bien.

Roberto se aproximó por detrás, y sin demasiados miramientos, la penetró.

- ¿Te gusta que te la meta mientras te comes un coño? Le das a todo, ¿eh?... —Dijo Roberto completamente fuera de sí.

Lola se empezaba a recuperar de su orgasmo, y se incorporó. Se metió poco a poco debajo de Alicia, con su boca buscando aquellos dos sexos que se movían al ritmo de los empujones de Roberto. Lola comenzó a lamer el coño y la polla de alternativamente. El orgasmo de Alicia fue brutal, eléctrico, como si la traspasase una descarga de diez mil voltios. Se derrumbó sobre Lola, que, a duras penas salió de debajo.

Roberto no había terminado. Lola, cogió su polla con las dos manos y se la empezó a chupar con maestría. Alicia se sumó a la fiesta, Le apartó el pelo de la cara a su amiga, y comenzó a lamerle el glande, que pasaba de una boca a la otra.

- Tumbaos en la cama. Lola, tú ponte debajo, Alicia, encima — les indicó Roberto... Lo hicieron y ambas empezaron a besarse y a tocarse de nuevo.
- Os voy a follar a las dos. —Les dijo Roberto introduciendo primero su polla en el interior de Lola.

Roberto entró y salió de ellas repetidamente. Alternaba a una y a otra, que se volvieron a correr casi al unísono.

- Queremos que te corras en nuestras tetas —dijo Lola

Pero Roberto tenía otra idea en la cabeza. Con movimientos casi compulsivos, se masturbaba delante de ellas, que se mostraban como auténticas actrices porno.

- Ya veo... por donde vas, poli —dijo Lola— Quieres que nos la traguemos, ¿verdad?

Lola abrió la boca, y recibió las fuertes descargas de Roberto sin pestañear. Roberto se derrumbó exhausto sobre la cama, no sin antes ver cómo Lola besaba a Alicia en la boca permitiendo que esta se tragase parte de su corrida. Esta visión, hizo que Roberto se empalmase de nuevo.

Follaron como salvajes durante varias horas. Roberto incluso lamentó no haber tomado la pastilla que le había ofrecido Lola. Para cuando terminaron, ninguno de los tres podía más. Finalmente, cayeron rendidos de cansancio y se quedaron dormidos los tres en la cama.

7

El sonido del timbre rompió la quietud de la madrugada. Roberto abrió los ojos de golpe, desorientado. Sentía el cuerpo pesado, el calor de las sábanas revueltas y el leve murmullo de la respiración de Alicia y Lola a su lado.

Parpadeó. No estaba soñando. Alguien llamaba a la puerta.

Con cuidado, apartó un brazo que descansaba sobre su pecho y deslizó las piernas fuera de la cama. Se puso de pie, buscando a tientas sus calzoncillos en la penumbra de la habitación. Se los subió y caminó descalzo por el pasillo, con los músculos aún entumecidos por el sueño... y por lo que había ocurrido unas horas antes.

El timbre volvió a sonar, insistente.

Cuando abrió la puerta, el aire de la madrugada le golpeó el cuerpo desnudo.

Y entonces la vio.

Laura.

Estaba ahí, de pie frente a él, con el pelo revuelto y los ojos vidriosos. Se balanceó ligeramente, como si su propio cuerpo le pesara más de lo habitual. Roberto sintió un golpe seco en el pecho.

Olía a alcohol.

Roberto apenas tuvo tiempo de reaccionar. Laura se lanzó hacia él, atrapándolo con un beso torpe y hambriento. Su aliento olía a alcohol, una mezcla de ginebra y tabaco que se le metió en la nariz antes de que pudiera apartarla.

Sintió cómo las manos de Laura se aferraban a su nuca, tirando de él, empujándolo hacia adentro. Su cuerpo se pegó al suyo, caliente y resbaladizo por la leve capa de sudor que el alcohol y el calor de la noche le habían dejado en la piel.

— Tenía que venir —murmuró ella, con la lengua pastosa, apoyando la frente en su pecho—. He necesitado unas cuantas copas para atreverme.

Roberto tragó saliva, tratando de ordenar sus pensamientos. Pero la realidad lo golpeó con un mazazo: Laura acababa de entrar en su casa... y en su habitación todavía estaban Alicia y Lola.

— Laura, no estoy solo en casa. —le dijo él bajando la mirada.

Laura frunció el ceño, todavía con la mano dentro de los calzoncillos de Roberto. Parpadeó, tratando de enfocar la vista.

— ¿Cómo que no estás solo? —su voz sonaba más herida que sorprendida.

Roberto tomó su muñeca con suavidad y la apartó de su cuerpo. Dio un paso atrás, pero ella lo siguió, tambaleante. Entonces, asomó la cabeza hacia la habitación.

El espectáculo era evidente. Alicia y Lola estaban enredadas entre las sábanas revueltas, apenas cubiertas. La luz tenue del pasillo dejaba entrever la piel desnuda de ambas, el cabello desordenado, los restos de una noche de desenfreno.

Laura se quedó en silencio. Su expresión se endureció en un instante. El aturdimiento del alcohol no era suficiente para nublarle la comprensión.

— Vaya... —susurró.

Se irguió despacio, apartándose de la puerta de la habitación. Luego miró a Roberto, con una sonrisa torcida y amarga.

— No pierdes el tiempo, ¿eh?

Roberto no supo qué responder. Su boca se abrió, pero no salió ninguna palabra. No esperaba esta situación, ni tampoco esperaba verla allí, borracha, buscando algo que él ya no sabía si podía darle.

Laura se pasó la lengua por los labios, tragó saliva y respiró hondo.

— Creo que me equivoqué viniendo.

Se giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta.

Roberto bajó la mirada, y cuando la puerta se cerró de golpe vio que Alicia estaba allí, apoyada en el marco de la puerta, completamente desnuda. La luz tenue del pasillo delineaba cada curva de su cuerpo, su piel aún marcada por las huellas del desenfreno de la noche. Tenía el cabello revuelto, enredado sobre sus hombros, y una media sonrisa en los labios, aunque sus ojos hablaban de otra cosa.

Cruzó los brazos sobre su vientre, como si de repente sintiera un frío inexistente, pero no hizo ademán de cubrirse. Sus pezones seguían erectos, y su postura era la de alguien que no se arrepiente, pero que entiende que algo ha salido mal.

— Vaya escena, ¿eh? —murmuró con voz ronca, aún cargada de sueño.

Roberto apretó la mandíbula y se pasó una mano por la cara. Su cuerpo seguía en tensión, la adrenalina del momento aún recorriéndole las venas. No sabía qué decir, qué sentir. La imagen de Laura tambaleándose de dolor y rabia aún le pesaba en la cabeza.

Alicia inclinó la cabeza, observándolo con atención.

— No es lo que querías, ¿verdad?

Roberto soltó el aire lentamente y negó con la cabeza.

Alicia suspiró, apoyando un hombro contra el marco de la puerta. Su expresión perdió cualquier atisbo de burla.

— Lo siento, jefe.

Lunes 28 de agosto de 2023 07:00 AM

1

La mañana en el cuartel se desarrollaba bajo un silencio incómodo. Roberto trataba de concentrarse en los casos del fin de semana, pero cada vez que levantaba la vista y veía a Laura, su expresión impasible lo desarmaba. Ni un gesto, ni una mirada más allá de lo estrictamente necesario.

Finalmente, cuando coincidieron en la sala de reuniones, fue Laura quien rompió el silencio con voz firme y seca:

- Vete a hacer algo útil para este caso. Ya está bien de peleitas de borrachos y papeleras rotas. A ver si para variar te centras en lo importante —repitió ella, sin levantar la vista de la pantalla.

La tensión era insoportable. Roberto apretó los puños, pero se contuvo.

- Estás sacando las cosas de quicio. Estás permitiendo que tus sentimientos personales afecten al caso. —espetó con ira.

Roberto no se movió de la puerta. Se quedó ahí, desafiándola con la mirada. Cerró la puerta detrás de él, y avanzó hacia ella.

- ¿Qué pretendías, Laura? ¿Que me hubiese quedado esperándote en soledad? ¿Que siguiese viviendo envuelto en tristeza hasta que a ti te diese la gana de volver?

Laura levantó la cabeza, con los ojos encendidos.

- No tienes ni idea de lo que dices.
- Sé perfectamente lo que digo. Te marchaste porque quisiste. Porque tu ambición era más importante que todo lo demás.

Laura cerró los puños, tratando de controlar su respiración.

- No hagas esto, Roberto. No aquí y ahora. ¡Sal de mi despacho!
- ¿Hacer qué? ¿Decirte la verdad? —dio un paso adelante—. No puedes aparecer después de dos años y esperar que todo siga igual.

Ella se levantó de golpe, apoyando las manos en la mesa.

- ¡No espero nada de ti!

Roberto soltó una risa amarga.

- Claro que no. Porque, para ti, lo nuestro nunca fue más que una distracción. En cuanto viste la posibilidad de ascender en tu carrera, ni te lo pensaste. Hasta la vista y buena suerte...

Laura sintió que algo se rompía por dentro, pero no dejó que se reflejara en su rostro.

- Sal de mi despacho —dijo con voz firme.

Roberto la fulminó con la mirada por última vez antes de girarse y salir, cerrando la puerta tras él.

Alicia esperó a que Roberto saliera. Lo vio caminar con el ceño fruncido, la mandíbula tensa. Se acercó con cautela, con una mirada que reflejaba algo más que simple lástima.

— Lo siento mucho, jefe —dijo en voz baja.

Roberto la miró un instante y negó con la cabeza.

— No, Alicia. No tienes que sentir nada. Lo que hicimos anoche fue voluntario. Nadie me obligó.

Ella frunció los labios, insegura de qué decir.

— Sí, pero...

— Laura no puede exigirme nada —la interrumpió él, con un tono firme—. Se marchó porque quiso, no porque yo se lo pidiera. No puede volver ahora y pretender que todo siga como antes.

Alicia suspiró y bajó la mirada.

— ¿Estás bien?

Roberto dejó escapar una risa seca.

— ¿Parezco bien?

Ella sonrió con tristeza.

— Pareces... jodido.

— Porque lo estoy. Pero está siendo egoísta. Y eso me jode.

Alicia le tocó el brazo con suavidad.

— Si necesitas hablar... o lo que sea, ya sabes dónde encontrarme.

Él asintió, pero no respondió. Miró de reojo la puerta del despacho de Laura y luego el pasillo vacío. No quería pensar en lo que acababa de pasar. Solo quería centrarse en el caso.

Alicia y Roberto salieron del edificio juntos, caminando sin rumbo fijo. El sol del mediodía caía con fuerza sobre Cádiz, pero él apenas lo notaba. Su cabeza seguía dando vueltas a lo ocurrido con Laura.

Alicia fue la primera en romper el silencio.

— Mira, sé que no tengo nada que hacer contigo.

Roberto giró la cabeza, sorprendido.

— ¿Cómo?

Ella se encogió de hombros, sonriendo con cierta amargura.

— Vamos, jefe. Una cosa es un polvo y otra una relación. Y tú no eres de los que mezclan las dos cosas con una persona como yo.

Roberto desvió la mirada, metió las manos en los bolsillos.

— No sé de qué hablas.

- Sí que lo sabes —insistió ella—. No soy el tipo de mujer que buscas. Se ve a leguas. Pero con Laura... con Laura todo es diferente.

Él bufó.

- Laura tomó su decisión. Y ahora le molesta descubrir que también tengo un lado personal diferente del que ella pensaba. Es como si le costase entender que la he borrado de mi vida igual que ella me borró de la suya.

Alicia lo observó un segundo, luego negó con la cabeza.

- No, Roberto. Lo que Laura pretende es que le demuestres que aún te importa.

Roberto se quedó callado.

- Míralo desde fuera —continuó ella—. Se marcha, te deja, se va a la UCO, y mientras tú sigues con tu vida. Ahora vuelve, te ve con otra y explota. No porque tenga derecho, sino porque sigue sintiendo algo por ti.

Él se pasó la mano por el pelo, exasperado.

- ¿Y qué quieres que haga?

Alicia sonrió con tristeza.

- No soy yo quien tiene que responder a eso.

Hubo un largo silencio.

- Pero no me malinterpretes, ¿eh? —añadió ella con una risa ligera—. Lo de anoche estuvo bien. Muy bien.

Roberto sonrió de medio lado, pero sin verdadera alegría.

- La mejor noche de sexo de mi vida... —respondió. — pero me gustaría... que esto no trascendiese.

Alicia le dio un suave golpe en el brazo.

- Por supuesto. No lo dudes. Ni Lola ni yo queremos convertirnos en la comidilla del pueblo. Ayer se nos fue bastante la cabeza. Aunque no te lo creas, no solemos ser así. Hemos tenido algún encuentro entre nosotras, pero nunca habíamos hecho un trío. La verdad es que estoy bastante avergonzada. Nos pasamos de la raya.

Roberto no respondió de inmediato.

- No quiero que pienses que somos unas golfas —continuó ella, bajando la vista hacia el suelo—. No es algo que hagamos normalmente.

Él la miró con calma.

- Alicia, no tengo diecisiete años. No necesito explicaciones ni disculpas.

Ella esbozó una sonrisa ladeada, pero seguía con una sombra de incomodidad en los ojos.

- Es solo que... fue un momento. Una locura.
- Ya —asintió él, observándola—. Lo de anoche no cambia nada. No cambia lo que pienso de ti. Y lo que pienso de ti es bueno. Puedes creerme.

Alicia lo estudió por un momento, midiendo sus palabras.

— Pero hay algo que sí ha cambiado, ¿verdad?

Roberto apretó la mandíbula. Sabía a qué se refería. Sabía que Alicia no era estúpida. Suspiró y pasó una mano por su pelo.

— No sé qué va a pasar con Laura —admitió.

Alicia sonrió con tristeza y asintió despacio.

— Entonces, espero que salga bien. Porque lo vuestro siempre ha sido una historia inacabada.

Se detuvo y le dio un beso en la mejilla, suave, sin coqueteos.

— Nos vemos mañana, jefe.

Y con eso, se marchó, dejándolo solo con todas las emociones que había intentado contener.

Continúa leyendo en Amazon....